

## EL BUENO, EL MALO Y EL SOÑADOR Narcisismo elusivo y autoestima

### THE GOOD, THE BAD AND THE DREAMER. Elusive narcissism and self-esteem.

**Albert Vidal Raventós**

Psicólogo psicoterapeuta, Centro Simbòlics Psicoteràpia

Cómo referenciar este artículo/How to reference this article:

Vidal Raventós, A. (2015). El Bueno, el Malo y el Soñador. *Revista de Psicoterapia*, 26(100), 91-106.

#### Resumen

*En el presente artículo se describe un caso de narcisismo elusivo, de modalidad aristocrática, según la perspectiva del modelo del Desarrollo Moral. Se explora el mecanismo de funcionamiento del paciente en el día a día, las dificultades que le conlleva, la afectación sobre su autoestima. Se proporciona también una mirada evolutiva del caso, con la finalidad de proporcionar una explicación plausible a la formación de dicho mecanismo narcisista.*

*Palabras clave: narcisismo, autoestima, narcisismo elusivo, alcoholismo, conducta pasiva-agresiva, modelo del Desarrollo Moral*

#### Abstract

*This article describes a case of elusive narcissism in the aristocratic mode, from the Moral Development model perspective. It explores the patient's day-to-day operating mechanisms, the adversities he has to bear, and the effects on his self-esteem. It also provides an evolutive outlook of the case, in order to offer a likely explanation for the generation of such a narcissist mechanism.*

*Keywords: narcissism, self-esteem, elusive narcissism, alcoholism, passive-aggressive behavior, Moral Development model*



## Introducción

Desde que el psiquiatra Paul Näcke introdujo el concepto de narcisismo, en 1899, y fue posteriormente tomado y desplegado por Sigmund Freud a partir de 1910, ha sido desarrollado por multitud de autores e interpretado según cada marco teórico de referencia. En 1980, el DSM III lo incorporó definitivamente como trastorno de la personalidad. Se unificaron una serie de criterios con el objetivo de facilitar su diagnóstico, que no agotaron sin embargo su variabilidad morfológica ni tampoco aportaron una hipótesis definitiva de su etiología.

En el presente artículo, queremos exponer un caso de personalidad narcisista de tipo elusivo (Villegas y Mallor, 2012), centrándonos en la perspectiva del modelo del Desarrollo Moral. Un marco genético-estructural que interpreta el narcisismo como déficit de descentramiento, originado a partir de una dificultad de diferenciación entre el sujeto y el mundo que lo rodea (Villegas 2011).

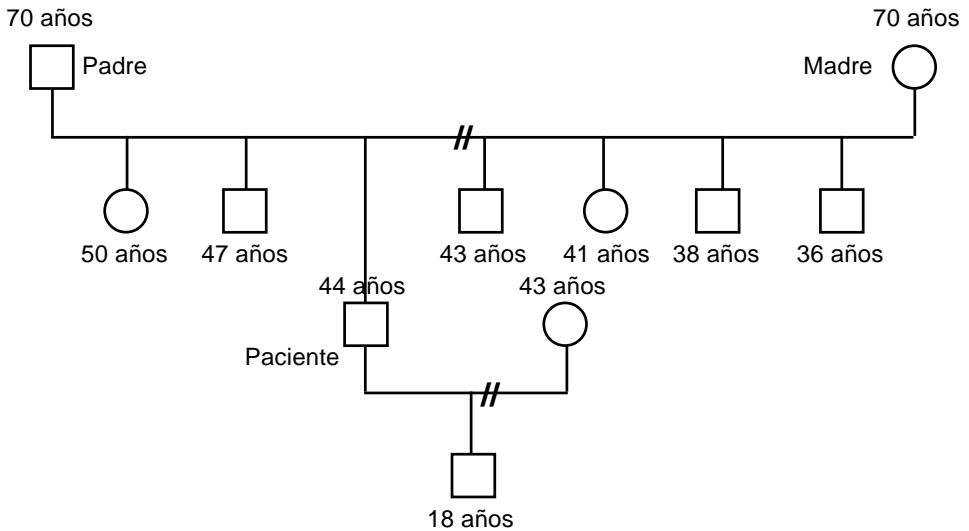
El caso que viene a continuación es el de Pedro, un hombre de 44 años que presenta una crisis vital relacionada directamente con el trastorno de personalidad narcisista que padece. Acude a consulta motivado por la esperanza de recobrar su autoestima y su estado de ánimo, profundamente dañados por su situación vital: paro, alcoholismo, conflictos relacionales, sin proyecto profesional ni vital que le ilusione. Se explora la dinámica de su personalidad en el día a día, las dificultades que conlleva, sus estrategias de afrontamiento, cómo construye su propia realidad. También se explora con perspectiva evolutiva: se evocan momentos de su biografía que parecen determinantes para el desarrollo del trastorno narcisista actual.

Un trastorno narcisista, como veremos, muy particular. Porque Pedro no parece narcisista, así de entrada. En terapia se muestra humilde, amable, incluso sumiso y obediente, sin apenas asertividad. A lo largo de las sesiones, sin embargo, cuando la confianza y la exploración avanzan, afloran poco a poco características inequívocamente narcisistas (DSM V): sentido grandioso de autoimportancia, fantasías de éxito ilimitado, creencia de ser especial y único, exigencia de admiración excesiva, tener expectativas irrazonables de recibir un trato de favor especial, etc. En el artículo, se muestra el camino recorrido, etapa por etapa, hasta llegar a ese núcleo narcisista *escondido*. Una ruta de exploración que en sí misma es descriptiva del carácter elusivo de dicho trastorno narcisista.

## Presentación del caso de Pedro

Pedro es natural de una ciudad castellana, donde vivió hasta los 18 años de edad. En el momento de iniciar la terapia vive en Barcelona, después de residir veinticuatro años en Las Canarias. Se acomoda en un piso de alquiler, que comparte con otros inquilinos. Se encuentra en situación de paro, y a pocos meses de finalizar la prestación de subsidio. Más adelante, sin embargo, encuentra trabajo como vigilante nocturno.

Este es su genograma trigeracional:



Tercer hijo de una familia numerosa, con padres vivos y actualmente divorciados. Tiene un hijo varón de un matrimonio que también acabó en divorcio.

Pedro acude a terapia motivado inicialmente por un bajo estado de ánimo, una baja autoestima y una dificultad manifiesta de superar su conducta adictiva al alcohol. Se siente un fracasado, que no vale para nada ni para nadie, se lamenta por no tener pareja, tampoco un trabajo o proyecto de ningún tipo que le dé ilusión. Habla de su hijo como única motivación que le ayuda a seguir adelante, pero a la vez teme arrastrarlo al fracaso debido al mal ejemplo que está dando.

La conducta adictiva no parece tratarse de la principal prioridad terapéutica para Pedro. Su preocupación se focaliza especialmente en el bajo estado de ánimo (*tengo miedo de irme para abajo*), y se acompaña de una visión de su vida en términos negativos, y de una valoración de sí mismo, o autoestima, también muy negativa.

En las primeras sesiones de terapia aparecen dos vías de exploración: la conducta de bebida, que no controla, y los problemas relacionales con los otros inquilinos en el piso compartido, así como los conflictos que tuvo en sus antiguos trabajos. Dos vías que, de forma paralela y progresiva, van conduciéndonos al núcleo narcisista.

### El alcoholismo y sus motivaciones

Después de residir seis meses en Barcelona buscando trabajo, y no encontrarlo, Pedro se encuentra en una situación vital angustiante, donde no ve un futuro claro, alternando períodos de ansiedad con momentos de apatía y bajo estado de ánimo.

Es en ese contexto que Pedro explica su conducta de bebida. Diariamente va a un bar de su zona de residencia, y se toma unas *cervecitas*. No consigue

proporcionar una cifra concreta de la cantidad, unas veces dice que dos, otras que cuatro: *le digo yo “engañarle al cuerpo”, una dosis, suficiente para engañar...*

Para engañar al cuerpo, y para engañar también –y sobretodo– a la mente. En otras ocasiones Pedro admite que el consumo de alcohol le ayuda a aplacar la ansiedad y en general el malestar interior. En ese sentido, Villegas (2011) sitúa el conjunto de conductas adictivas, y específicamente la adición a sustancias, en la regulación moral anómica. El consumo de sustancias, argumenta, está relacionado con la búsqueda de estados alterados de conciencia, de naturaleza por lo general egocentrada. Una búsqueda motivada a menudo por la frustración experimentada en contextos sociales, durante la interacción con el mundo social, con los otros que nos rodean.

Se indagan las motivaciones. ¿Qué siente Pedro antes de beber? ¿En qué contextos bebe? ¿Qué pasa durante la bebida? ¿Y después? Entramos en detalle, con el objetivo de identificar cada una de esas motivaciones concretas subyacentes a la adicción:

1. *Bebo para evadirme*: Esta es probablemente la motivación más habitual de su conducta de bebida. Siente un malestar interior, dice Pedro, y bebe para evadirse de ese estado mental, tanto emocional (dejar de sentir dolor), como cognitivo (dejar de tener pensamientos negativos).
2. *Bebo para meterme en mi mundo*: En este segundo caso, la motivación no es sólo para evadirse y olvidar, para dejar de pensar, sino que tiene una función más activa. Beber significa aquí *meterme en mi mundo*. Un mundo de fantasías gratificantes que neutralizan temporalmente la realidad frustrante. Más adelante se profundiza en las fantasías, en su mecanismo, propio del narcisismo elusivo.
3. *Bebo para inspirarme*: la motivación, aquí, tiene implicaciones que van más allá de un retraimiento y de una autosatisfacción íntima. En ese caso, Pedro intenta llevar a la realidad aquello que imagina en su mundo de fantasías gratificantes que hemos apuntado anteriormente. Un primer efecto que experimenta subjetivamente es que *me salen mejor las palabras*; la realidad, observada en la misma consulta, es una conducta de verborrea, que no hace más que dificultar la conversación en las sesiones. También está convencido que la bebida le ayuda a escribir, aunque después se da cuenta que ha escrito una amalgama de frases inconexas.

P: algunas veces, eso sí, me inspira. Me inspira, me empieza a brotar en la cabeza pensamientos y tal que me digo, ostras... empiezo a escribir... lo que pasa es que lo vuelvo a repasar y es muy desordenado. No sé escribir, ¡me cagan la leche! [...] Porque a lo largo de la historia, pues ha habido personalidades que, cuando llevaban dos copitas, ¡fuuuu! Es cuando les venía toda la.. ¿Cómo se dice?

T: ¿La creatividad?

P: La creatividad, la inspiración, y tal y cual. [...] Edgar Allan Poe, se dice que sus mejores cuentos los escribía borracho.

La bebida no tendría sólo la capacidad mágica de trasladar las fantasías a la realidad (ser un buen escritor o conversador) sino que atenuaría la capacidad crítica durante estos intentos, dando la sensación subjetiva que efectivamente la fantasía se está haciendo realidad.

### **Dificultades relacionales, conducta pasivo-agresiva**

El Pedro que conocemos inicialmente en terapia se presenta como un hombre bueno, afable, obediente, incluso sumiso. En su autocaracterización predomina esa imagen: *buen chico, trabajador, amable, cortés, cariñoso. Buena gente en general*. Pero una de sus quejas se centra en que su entorno le falta al respeto, siente que le pisan, que se aprovechan de él. Últimamente tiene problemas de convivencia en su piso de alquiler compartido: los demás inquilinos hacen ruido de modo arbitrario sin tener en cuenta su descanso, o bien se exceden en el uso de los espacios compartidos, etc. Y él es incapaz de poner límites, porque teme que su propia conducta de enfado agrave aún más los problemas de convivencia.

Para indagar en esa línea, se le pasa un test de asertividad, el ADCA- 1 (García, E. M., y Magaz, A., 2000). En dicho test, o escala, se valoran dos ejes, la autoasertividad (AA), que es el grado de respeto hacia uno mismo de los derechos asertivos básicos, y el eje de la heteroasertividad (HA), que valora el grado de respeto hacia los demás de estos mismos derechos. El resultado es el siguiente:

	Puntuación directa	Puntuación centil
Autoasertividad	47	10
Heteroasertividad	32	15

La puntuación es baja en ambas escalas, lo que indica que Pedro padece un déficit asertivo generalizado, es decir, poca capacidad para defender sus propios derechos, pero a la vez poca capacidad para tener en cuenta los derechos de los demás. No se trata, por lo tanto, de un patrón de conducta pasiva, ni tampoco agresiva. Más bien es una combinación de ambas, un patrón de conducta pasiva-agresiva o negativista.

Por lo tanto, aquí empieza a evidenciarse que hay otro Pedro, a parte del buen chico que describe en su autocaracterización. Se trata de un Pedro que conecta con el sentimiento de enfado, de rabia, de odio y desprecio. Pero que no sale fácilmente en la interacción social, aunque en ocasiones sí lo hace. Millon (2006) habla de patrón negativista, caracterizado por actitudes de oposición y resistencia pasiva a las exigencias laborales o la rutina social, una crítica desmesurada y constante hacia la autoridad, envidia y resentimiento hacia los demás, engaño sistemático, etc.

Vemos cómo sucede en Pedro, a través del siguiente fragmento, hablando de su último trabajo:

*Pedro: Mira, en mi último trabajo, donde hacía de todo, en recepción, de botones, y de todo, cuando el jefe me mandaba a hacer según qué cosa... y buff, vaya... y entonces me hacía el despistado, que se me había olvidado, y tal. Y el jefe a veces me lo decía: “pero si yo ya sé que no quieres hacerlo, pero eres incapaz de venir a decírmelo, que ya te conozco, Pedro, que llevamos años trabajando juntos y ya te conozco. Te escaqueas”.*

*Terapeuta: ¿Pero era por pereza? ¿O era por rabia?*

*P: No creo que fuera por pereza. Mira, una vez me mandó hacer un inventariado [en el fragmento que sigue, que no reproducimos, describe la tarea poniendo énfasis en lo absurdo de llevarla a término]. Pero no le digo nada. Me callo, al día siguiente veo que no me pregunta, y paso de ir al almacén. [...]*

*T: ¿Qué sientes en ese momento?*

*P: Pues que paso de hacerlo y tal y cual, y les digo que no lo sé hacer, o no lo puedo hacer, o lo hago en un plis, ¡con dos cojones! Bum-bum-bum-bum-bum, ¡Pam!*

*T: Claro, porque capacidad te sobra para esa tarea. Pero lo que yo quiero decir es que eso mismo que has explicado puedes hacerlo sintiendo cosas distintas. Puedes sentir “Oh, qué pereza, buffff...”*

*P: No...*

*T: O puedes sentir “¡Eso es injusto, no me pueden pedir...!”*

*P: ...pero si lo van a tirar, para qué cojones me están mandando a mi hacer un inventario, el inventario ¡a tomar por culo! Hombre...*

*T: Pero tú, ¿qué sientes en ese momento?*

*P: Yo siento coraje, ira...*

Una ira que defiende, o que ataca, pero que lo hace con nocturnidad y alevosía. Porque el Pedro que da la cara, el que se relaciona abiertamente con los demás, el que habla y se expresa en público, es sumiso y *buen chico*. También el Pedro que acude a la consulta. En el conjunto de las sesiones ha faltado a la mitad de ellas, en algunas ocasiones sin avisar y otras dando excusas de difícil comprobación, un par de minutos antes de cada sesión: enfermedad, fiesta sorpresa, olvido... Sospechamos que se trata de actitud opositora, y lo abordamos en una de las sesiones. Pedro admite en esta ocasión unas expectativas muy altas sobre el proceso de la terapia, sobre mí, y sobre los resultados, expectativas mágicas y fantasiosas. Expectativas necesariamente defraudadas, que le provocan decepción constante, frustración y rechazo, activándose la conducta de oposición pasiva. Pasa en terapia, y de hecho en muchos otros ámbitos de relación, laborales, familiares, de amistad. Unas expectativas fantasiosas que nos llevan al núcleo narcisista en cuestión.

### **Patrón de personalidad narcisista**

Pedro padece insomnio. De primera y segunda hora, acompañado de astenia y apatía durante la primera mitad del día, cuando le cuesta levantarse de la cama.

*Estoy en la cama hasta mediodía, allí me meto en mi mundo, un mundo de fantasías donde las cosas le van bien y se convierte en una persona capaz de superar la actual situación de fracaso laboral y social. ¿De qué mundo se trata? A lo largo de las sesiones vamos analizando esa fantasía, su contenido, su dinámica. En el siguiente fragmento transcrito, Pedro describe con mucha exactitud la naturaleza de sus fantasías:*

*P: Claro... yo quiero a veces soñar o pensar en llegar a ser, vamos, buah, pero no, intento que sea algo más normalito. Hacer algo por la sociedad, pero normal, y no pasar a ser algo ¡uah!, premio Nobel y tal... pero no puedo evitarlo, termino siendo el premio Nobel.*

*T: Es infinito... es un deseo que no tiene fin... es un deseo que, lo has descrito perfectamente, en seguida crece...*

*P: Aunque quiera ponerle límites, no puedo evitarlo...*

*T: O sea que, si llegases a escribir el libro que has empezado, y te lo publicasen, tú puedes pensar, en un primer momento, mira, con cien ejemplares vendidos ¡qué bien! Pero te imaginas con quinientos, o te imaginas traducido a diez idiomas...*

*P: ...y que he llegado a vender más libros que la Biblia. Sí, sí, cuando sueño que soy escritor y tal, termino vendiendo más libros que la Biblia. Y en muchos idiomas y tal. Pero ya no es el límite económico, o sea, ser un triunfador y tal, no, busco hacer algo bueno por la humanidad. Es lo que más me llama. El que haya hecho algo bueno, que haya cambiado esta sociedad, en pequeña medida o en gran medida, pero que sirva para dar un paso más para la humanidad.*

Vemos aquí una fantasía de naturaleza narcisista, de grandiosidad absoluta, ambición máxima, ilimitada. Al principio empieza por una fantasía *normalita*, pero por su dinámica va acrecentándose, a medida que el efecto positivo se agota. Entonces debe rebobinar su relato y volver a contárselo pero añadiendo un plus de ambición. Ese proceso va in crescendo hasta que llega al tope, por ejemplo al premio Nobel, y entonces colapsa. En ese momento debe cambiar de fantasía. *Aunque quiera ponerle límites, no puedo evitarlo*, afirma Pedro. Una parte de él, pues, es consciente que se trata de fantasías no realizables, y también es consciente del grado desproporcionado y desmesurado al que llegan éstas. A pesar de ello, queda constatada la propia incapacidad para controlarlas. Como si de una lucha interior se tratase.

Vemos otro fragmento transcrito de la misma sesión, para entender la función que estaría ejerciendo este mecanismo fabulador en el equilibrio psicológico del paciente:

*T: ¿Te imaginas tú, ahora, sin esas fantasías? Que tus fantasías hablasen de poco más de lo que tienes en ese momento...*

*P: Bufff, estaría más frustrado todavía. Estaría hundido. Si me mantiene algo en pie es pensar que todo puede cambiar, y que un día me puede ocurrir esto, y cambiar mi vida y tal, no quiero perder las ilusiones o la fantasía. No quiero. Es lo único que me restablece un poco el ánimo, y las*

*ganas de salir para delante.*

Unas fantasías de grandiosidad que cumplen una misión vital, pues preservan el estado de ánimo de Pedro, y afianzan una imagen valorada de sí mismo.

Decíamos anteriormente que la conducta adictiva al alcohol tenía una triple función: evadirse de las frustraciones; inducción a fantasías gratificantes, que ahora sabemos que son de naturaleza narcisista; y como ingrediente mágico inspirador para hacer realidad algunas de estas fantasías, mediante la *mejora* de las capacidades cognitivas, y sin duda como supresor de su propia autopercepción y juicio crítico. Conducta adictiva al alcohol que queda inserida en ese mecanismo narcisista de acentuada inestabilidad, marcado por un profundo sentimiento de deficiencia, y una *autoestima* que fluctúa de forma muy polarizada. Máxima durante las ensoñaciones, pero en grave peligro cuando se expone al mundo real. Pedro se ve abocado a un entorno hostil, donde no sabe hacerse valer, o en todo caso no sabe mostrar todo lo que realmente cree que vale. Entonces elude, huye de la realidad que le humilla. Y se mete en su mundo, protegido del exterior. Un entorno íntimo de fantasías grandilocuentes de autoconsumo para gratificar el amor propio.

Una huida social que nos indica rasgos de personalidad evitativa, que según el DSM V se correspondería con las siguientes características: evitación de situaciones sociales donde el contacto interpersonal puede ocasionar críticas, desaprobación o rechazo; evitación de relaciones íntimas o de amistad; hipersensibilidad al rechazo o a la crítica; baja autoasertividad; sentimiento de inferioridad y baja autoestima.

La cuestión de la autoestima, aquí, es clave. Pedro se valora de forma fluctuante; a veces siente vale, que tiene un potencial enorme, que es superior a la gente de su entorno. Pero por otro lado, no basta con creérselo. Debe demostrarlo, porque también duda de sí mismo. Vemos cómo se alternan un Pedro seguro y altivo, fuerte, con un Pedro inseguro que titubea, y que es débil. El primero se manifiesta altivo y triunfador, aunque sólo en la intimidad de su imaginación; el segundo debe negociar con la realidad, es el Pedro afectivo, sumiso, obediente, poco asertivo, que vemos normalmente en las sesiones de terapia.

Una ausencia de asertividad que es muy relevante y se debe señalar, pues no encaja con el perfil habitual de un narcisista, aunque sí con la personalidad evitativa. Según Millon (2006), la personalidad narcisista se caracteriza por un patrón asertivo, competitivo y seguro de sí mismo. También lo establece así el *Narcissistic Personality Inventori* (NPI), la principal herramienta actual para el estudio del narcisismo. Y según Raskin y Terry (1988), autores de la versión más aceptada y difundida de este inventario, la asertividad tendría una correlación significativa con el narcisismo, con una  $p < 0,05$ . En cambio, Pedro no encaja con ese perfil clásico.

En síntesis, hemos descrito hasta ahora un cuadro de personalidad narcisista con rasgos negativistas y evitativos, caracterizado por un núcleo fantasioso íntimo, que elude el mundo social. Pasamos a ver a continuación cómo encajan esas diferentes piezas en el puzle personal de Pedro, cómo funciona su sistema internamente.



### El Bueno, El Malo y el Soñador

A lo largo de las sesiones, vamos co-construyendo los diferentes Pedros que hemos descrito anteriormente: el que se muestra bueno y es sociable, el que se esconde y ataca, y el que vive escondido y brilla en la intimidad más absoluta. Tres estados mentales que se van alternando, que etiquetamos a partir de expresiones que van surgiendo en terapia: El Bueno, El Malo y El Soñador (fig. 1)



Un esquema próximo, aunque no idéntico, es el de Katia, que nos presenta Villegas (2011), citando a Dimaggio (2003). Se describen tres estados mentales que también se alternan, en ese caso son los *personajes* del Gusano (depresivo-débil), la Hiena (pasiva-agresiva) y el León (grandiosidad íntima).

En nuestro caso, describimos así el contenido de los tres estados mentales de Pedro, y la dinámica de su alternancia:

- **El Bueno:** las emociones predominantes son de tipo amoroso: cordialidad, confianza, amabilidad, afinidad, devoción, enamoramiento, y adoración. Cognitivamente, los pensamientos del Bueno presuponen una inocencia infantil, son bondadosos, cívicos, respetuosos con todo el mundo, y desean el bien de toda la sociedad. En términos de desarrollo moral, tendría marcado carácter alocentrado, de tipo sobre todo heteronómico. Su función principal es presentarse en público, ser aceptado y relacionarse en el mundo social. Pero cuando Pedro experimenta ese estado mental, es incapaz de desarrollar una conducta autoasertiva, de saber poner límites a los demás, de reclamar los propios derechos, y de imponer o expresar libremente su forma de pensar o hacer.

- **El Malo:** en cuanto a estado mental, engloba un amplio abanico de emociones que se relacionan con la ira y el asco, como son la envidia, la rabia, el resentimiento, la indignación, la irritabilidad, el odio, la aversión, la repugnancia, el menosprecio y la antipatía. El Malo es la defensa del sistema al exterior, es el encargado de hacer frente a las amenazas, y es el que ataca cuando se produce una agresión, real o imaginada. Ataca normalmente con nocturnidad, de forma sigilosa, sin hacerse notar demasiado: se trata de la conducta pasiva-agresiva que hemos descrito en un apartado anterior. Así como el Bueno es básicamente social, el Malo es antisocial, y sólo lo conocen las persona próximas al paciente. Y así como el Bueno es de naturaleza heteronómica, el malo es marcadamente anómico. Decíamos que dirige los ataques al exterior, pero no siempre, también puede experimentar autoodio, que es odio y desprecio contra el Bueno, o incluso contra el Soñador:

*T: un día me comentaste como si el Malo te boicotease.*

*P: Claro, no me deja. Es muy perezoso.*

*T: Te falta esa fuerza constante de la hormiguita que no para...*

*P: Es muy perezoso.*

*T: Porqué esa gente que está allí arriba se ha esforzado mucho...*

*P: Claro. Y eso es lo que quiero hacer yo. Pero luego esa otra parte es como si me dijese “¡Qué vas a soñar!”*

Una parte de sí mismo desacredita a la otra parte. A veces, incluso, fruto de la interacción entre su parte *soñadora* y su parte *mala*, Pedro experimenta lo que hemos descrito como *fantasías malas*:

*T: O sea que hay sueños de contenido malo, por decirlo así.*

*P: Muchas veces intento tener sueños bonitos y tal, pero hay otras veces que salen malos, de destrucción del mundo, o de estas personas que me han hecho daño, que lo tienen que pagar de alguna forma..., ¡y me reconforta!*

*T: Claro.*

*P: Pero después me siento mal, porque yo no soy una persona violenta, y empiezo a pensar que esto no está bien, y tal.*

*T: Porqué tienes un código moral, y eso te frena. Pero tienes esos momentos.*

*P: Sí, sí.*

En términos de asertividad vemos, pues, como los estados del Bueno y el Malo alternan dos posturas invertidas. El Bueno presenta una incapacidad manifiesta de proteger y reclamar los propios derechos, aunque sí reconoce y defiende los derechos de los demás y en general las normas sociales, es decir, presenta una alta heteroasertividad y una baja autoasertividad. Por contra, cuando Pedro actúa desde la posición de el Malo, el esquema se invierte. Aparece una alta predisposición a la defensa de los propios derechos, que se acompaña de una baja sensibilidad hacia los derechos de los demás. Por lo tanto, en su conjunto, podemos afirmar que no es tanto

que Pedro no sepa respetar los propios derechos ni los de los demás, sino que es incapaz de gestionar a la vez ambas esferas de derechos asertivos básicos.

- **El Soñador:** aparece durante sus ensoñaciones, marcadas por un sentimiento de felicidad, goce, euforia y éxtasis. Pedro suele encontrarse sólo, ya sea en la cama, despierto o sobrio, o bien en un bar, bebiendo, o hasta paseando por un parque, o escuchando música. Se trata de una experiencia íntima, introspectiva, egocéntrica, volcada al interior de sí mismo. Regulada anómicamente. En su interior, protegido de la mirada del mundo, libre por tanto de juicios externos inoportunos, libera la imaginación y recrea su yo ideal, aquella persona que siempre habría querido ser. Un yo ideal que se podría describir a partir del siguiente esquema (Lagache, 1961, citado por Bleichmar, 2000):
  - o **De género:** buen padre y gran amante, seductor. El sueño de ser un buen padre, o un padre ideal, surgió muy prematuramente en la vida mental de nuestro paciente, cuando todavía era un niño, como contraste a su padre real, maltratador. En cuanto a la figura de seductor, fantasea a menudo en seducir actrices o cantantes famosas; pero a diferencia de lo que caracteriza tópicamente al narcisista, Pedro es un seductor frustrado, a causa principalmente de su baja autoasertividad.
  - o **Interpersonal:** la figura predominante en sus fantasías es el de salvador. Desea a menudo recibir un premio de lotería, con la finalidad de ayudar su familia. A pesar de esto, actualmente es él mismo el que recibe ayudas y es *salvado* repetidamente por parte de esta misma familia.
  - o **Éxito social:** sus fantasías implican un reconocimiento social basado en la admiración por su ser y la gratitud por su actitud de dar. No se basa en una adoración a partir de una supuesta riqueza ni ostentación de bienes o relaciones privilegiadas. Si tuviese poder y riqueza, afirma Pedro, los repartiría para obtener más reconocimiento social.
  - o **Intelectual:** sueña a menudo con convertirse en premio Nobel en alguna de las áreas científicas (descubrir una vacuna) o literarias (escribir un libro).

### Narcisismo elusivo

Millon (2006) describe cuatro tipos básicos de trastorno narcisista de la personalidad: sin escrúpulos, apasionado, elitista y compensatorio. Ese último con características más ambivalentes, caracterizado por un fuerte sentimiento de inseguridad e invalidación que es compensado con un sentimiento opuesto engrandecido; dos polos que se alternan en un vaivén perpetuo. Pedro pertenece a esa última categoría, que Millon asocia a rasgos negativistas y evitativos, como los descritos aquí.

Villegas y Mallor (2012) proponen otro enfoque del trastorno narcisista,

basado en la perspectiva genético-estructural. Describen tres tipos básicos de narcisismo: aristocrático, meritocrático y plutocrático, en función de su progresiva apertura al otro, y a la naturaleza validante o invalidante del reconocimiento especular. La modalidad aristocrática se ubicaría en el extremo validante del eje, donde el reconocimiento viene dado por derecho, es considerado innato. *Valgo por hidalgo*. En cambio, a medida que nos alejamos del polo aristocrático, el carácter innato del reflejo validante se desvirtúa y se precisa esfuerzo y trabajo para conseguir la validación, pues por defecto es cada vez más negativa. Así, las modalidades meritocráticas y plutocráticas parten del esfuerzo y el trabajo para adquirir valor social y reconocimiento. En el caso meritocrático el trabajo es interno, intelectual, moral, se busca un llenado interior a partir de un contenido socialmente valorado; la modalidad plutocrática, por el contrario, se vuelca más sobre el continente, priorizando la ostentación de riqueza o de relaciones, con la finalidad de compensar la sensación de vacío interior, a partir de cosas o personas que sí valen y cotizan en sociedad.

En nuestro caso, Pedro encaja con la modalidad aristocrática, con un núcleo especular validado, de sangre azul, que se desarrolla a través del mundo de las fantasías. Aunque también hay una clara presencia de otra parte negativa e invalidante, de características meritocráticas, aunque frustradas, condicionada por un mecanismo de escapada evitativo ante su fracaso de exposición y demostración en público. Según la clasificación de Villegas y Mallor (2012), estamos delante un caso de narcisismo elusivo. Un narcisismo íntimo, difícil de percibir a simple vista, pues por definición no se muestra ni se expone en sociedad, o ni tan siquiera en algunas de las relaciones interpersonales cercanas.

### **Perspectiva evolutiva del caso. Génesis del narcisismo elusivo**

Pedro se cría en el seno de una familia nuclear con los padres y seis hermanos más, dos de mayor edad que el paciente. La madre era y sigue siendo ama de casa, y el padre trabajaba en una fábrica de armas de la localidad, actualmente está jubilado.

La dinámica familiar de Pedro se caracterizó por un continuo maltrato físico y psicológico. El padre, diagnosticado posteriormente de esquizofrenia paranoide, según el mismo Pedro, hizo uso sistemático de la violencia en el seno del hogar. Violencia física, dirigida a los hijos y a la esposa, y violencia psicológica, que en el caso de los hijos tomó la forma de la amenaza verbal y deslegitimación masiva hacia diferentes aspectos de su identidad.

La familia nuclear sufrió pronto una dinámica marcadamente centrífuga, con la huida de los hijos mayores a territorios lejanos, incluido Pedro, y con el posterior divorcio de los padres.

Uno de los episodios más traumáticos de la infancia de Pedro sucedió a los once años, cuando su padre lo golpeó con un vaso de cristal, y le rompió la nariz:

Pedro: [...] *nos maltrataba, tanto a mi madre como a mis hermanos, sobre*

*todo a los tres mayores, yo soy el tercero. Maltrato físico a los tres mayores... yo ya lo tengo asumido... me partió la nariz mi padre, cuando tenía once años...*

Terapeuta: *Hmm...*

P: *...llega a casa (siempre controlaba todo) “¡se ha roto un vaso!” dijo, y tal, “¿qué ha pasado?”, “he sido yo”, me da a la cabeza y PUM, y dice “¿Has visto lo que te duele?, pues al vaso también.” Eso se me ha quedado grabado.*

Según Kernberg (citado en Millon, 2006), el maltrato familiar y el miedo a la integridad física podría ser un factor implicado en la etiología del trastorno narcisista. En un primer momento, afirma, uno o los dos progenitores enviarían al menor mensajes de tipo negativo, fríos o agresivos. Resultado de esta conducta paterna, el niño o la niña quedarían expuestos a experimentar una baja autoestima, sentando así las condiciones para crear una conducta defensiva con el objetivo de restablecerla. En este punto, los progenitores (uno o los dos) podrían generar un segundo abanico de conductas opuestas a las anteriores, para mirar de compensar la negligencia o rechazo periódico hacia su hijo, encontrando en el niño algún tipo de talento excepcional o característica para alabar. El menor, por su parte, con el objetivo de incrementar la aceptación paterna, adoptaría este papel especial sobrevalorado que se le habría otorgado, el único que los padres estarían dispuestos a aceptar en términos positivos (reconocimiento condicionado a una imagen sobrevalorada).

Millon (2006), habla también de mensajes polarizados y contradictorios durante la infancia, que si bien no estarían presentes en todo el abanico de subtipos de narcisismo, sí en el de tipo que él llama compensatorio.

Vemos dos fragmentos, donde quedan reflejados los dos mensajes que pudo recibir Pedro:

T: *¿Qué te decía tu madre?*

P: *¿Mi madre? Pues que era un chaval muy inteligente, cariñoso, y me gustaba la cocina y ayudarla, hacerle la compra y tal. Que era muy sentimental...*

T: *¿Alguien más te decía que eras un chico inteligente...?*

P: *Recuerdo que había un profesor que decía que valía. [...] A mi madre le decía, en alguna ocasión, no sólo de mí, también de mis hermanos, que éramos unos chavales inteligentes, que valíamos para estudiar, que podíamos estudiar y tal.*

T: *Alguna vez me has contado que tu padre era un manitas y era una persona que también valía.*

P: *¡Sí, sí, sí!*

T: *¿Pero él se decía a sí mismo que valía mucho?*

P: *Pfff... cuando se trataba de humillarnos y tal decía que nos estaba manteniendo, que arreglaba la casa, que no sé qué, que lo otro, pim, pam,*

*vosotros no vais a ser nada...*

*T: No vais a ser nada, os decía. En cambio, tu madre os decía lo contrario.*

*P: Claro. Había una comprensión, un cariño...*

*T: ...que valíais para estudiar...*

*P: Claro, que sois listos... no listo, ¡inteligente!*

Desvalorización masiva paterna, con agresión física incluida, y una valorización materna y por parte de un profesor, que toma la forma de un mensaje familiar valorizante.

Bleichmar (2000) describe esta dinámica dicotómica a partir de la formación de representaciones desvaloradas y sobrevaloradas del sí mismo. A parte de los mensajes paternos, está también la dinámica defensiva del propio niño, que busca contrarrestar las angustias persecutorias de un padre maltratador y su ira desatada e imprevisible. En este caso, el menor se autodisminuye para preservar el vínculo o simplemente su integridad personal. Pero por otro lado, para contrarrestar la imagen tan profundamente desvalorada de sí mismo, se aferra a los mensajes valorizantes y legitimadores que también recibe, a partir de los cuales crea sus propias representaciones internas positivas, a menudo maximizadas para compensar el polo negativo.

Así, en el interior de aquel niño que era Pedro, se pudo crear una representación de sí mismo polarizada, dicotómica, del todo o nada. Podía sentir una profunda falta de autoestima, que era un fracasado, que no valía para nada, que no era nadie, o podía sentir que era todo lo opuesto: un genio, un salvador de la humanidad, o un padre omnipotente, pero en ningún caso se podía ver en un punto intermedio: una persona normal y corriente. Porque en realidad no se podía ver. Estaba preso por la dinámica del espejo narcisista.

### **En busca de la autoestima perdida**

Autoestima y narcisismo hablan ambas de valía, de legitimidad. Parecen en este sentido entidades cercanas, contiguas, pero sin embargo parten de posiciones opuestas. La autoestima se sustenta en lo incondicional, es constitutiva, existencial, ontológica, siempre previa a todo lo demás. La valía narcisista, en cambio, está condicionada al reflejo de un espejo exterior, que magnifica, a menudo de forma inestable, y siempre fuera de uno mismo. Se trata de dos caminos diferentes de legitimación, que tienen su constitución desde la más temprana infancia.

El nacimiento de la autoestima tiene el origen en los cuidados que recibe el bebé, la atención que se le presta, la interacción y el vínculo que se crea con las figuras de apego. En esa etapa tan temprana, los adultos nos dedicamos a cubrir las necesidades del bebé, tanto las necesidades de tipo material como las afectivas. Porque el bebé no sabe todavía qué le pasa, qué necesita, ni sabe identificar ni regular las emociones que siente. Es un todo espontáneo, impulsivo, desbordante. El miedo puede convertirse en el pánico más terrorífico, la rabia en odio destructivo, o la alegría en una explosión desbordante que apasiona a los que le rodean. O cuando

siente hambre, dolor, frío o calor... no sabe qué son, las expresa y ya está.

Al principio, pues, el cuerpo y las emociones son percibidos por el bebé como una serie de entidades fragmentadas, inconexas, que poco a poco son integradas en una noción de completitud, que sienta las bases de la formación del yo. Se trata de un proceso de diferenciación e individuación que requiere una mirada externa, un espejo real pero sobre todo metafórico que refleje la imagen del bebé y le ayude a identificar e integrar sus diferentes partes. Una mirada que es la de la madre, el padre, los abuelos y hermanos, que es por lo tanto una mirada subjetiva, que da sentido, que interpreta, pero que mantiene o debe mantener una equivalencia o isomorfismo entre lo que el bebé siente, vive o experimenta, y el reflejo que recibe de ellos. Una mirada que debe saber reconocer, y que por lo tanto devuelva al bebé una imagen que le ayude a reconocerse como tal.

Wilfred Bion (2003) habló en cierto modo de este fenómeno a través del concepto de la *reverie*, que definió como la capacidad de la madre de devolverle al bebé su experiencia emocional directa, sin metabolizar, en forma de pensamientos o gestos que la contuviesen y pudieran ser incorporados por su hijo. Se trata siempre de un retorno, fruto de la mirada del otro. “*Me miran, entonces existo*”, dijo Jean Paul Sartre en *El Aplazamiento* (1954).

Sin embargo, algunos progenitores no consiguen establecer con sus hijos esa mirada isomórfica: por falta de tiempo, interés, o por falta de habilidades. También los pueden rechazar, en el sentido emocional del término, aunque por otro lado les proporcionen los mejores cuidados materiales. O bien les pueden sobreproteger, que sería también negativo, dado que no les estarían legitimando en su propia capacidad de afrontar las frustraciones y las dificultades en general (Villegas, 2011). Finalmente, también se puede producir un patrón de cuidados que combinen los mecanismos deficitarios anteriores: por ejemplo, progenitores que por falta de tiempo no atienden de forma adecuada a su hijo, y que cuando lo pueden hacer se aboquen de forma sobreprotectora o sobrevalorizante, a través de una mirada acrecentada e idealizada, como si quisieran compensar el tiempo perdido. Una polarización en la atención que también puede dificultar el reflejo del que hablábamos, y condicionar negativamente la formación de la autoestima.

La autoestima implica reconocimiento, pues sólo se puede amar aquello que se re-conoce. La cuestión es que el narcisista no se conoce a sí mismo, sino que precisa del reconocimiento especular, por lo que termina dependiendo de él (Villegas y Mallor, 2012). El narcisista sigue pegado al espejo en una búsqueda permanente, sin descanso, que persigue su reflejo validante. Y muy a menudo es también una huída del reflejo contrario, es un temor constante a la invalidación. No hay paz, no hay tregua. Porque el reflejo está ahí fuera, no le pertenece, no lo controla, y está condicionado por las vicisitudes de un mundo arbitrario.

Se dice que el narcisista es aquél enamorado de sí mismo. Estrictamente está enamorado de su reflejo, o mejor dicho, de un reflejo de sí idealizado. El narcisista se desea precisamente porque no se reconoce, no se encuentra. Reconocerse es

amarse, no desearse.

La cuestión es que la autoestima, la validación ontológica, está dentro de cada uno de nosotros, es *auto*. No se puede hallar fuera, o muy difícilmente, ya que procede de uno mismo. Muchas personas, sin embargo, buscan desesperadamente quererse a sí mismas haciendo cosas para los demás, o bien realizan proezas para ser admiradas, u ostentan para ser deseadas. O en caso de Pedro, las fantasean. Piensan que así se podrán llenar, de fuera para dentro. Pero la autoestima es terca y obstinada, y se resiste a entrar.

A pesar de todo, hemos visto que hay un momento en nuestras vidas que la formación de la autoestima depende mayormente del entorno. Y este momento es la infancia, los primeros años de vida y también posteriormente. Con los cuidados, la atención, el reconocimiento adecuado por parte de la madre, el padre, los abuelos y los hermanos, y los cuidadores en general. Por ese motivo tanta gente, como Pedro, sigue buscando fuera lo que no recibió de forma suficiente cuando eran pequeños, no lo recibieron o no les supieron transmitir.

Por ese motivo, la terapia del narcisismo parte de ese reconocimiento, como no podría ser de otro modo, pero a través de un reflejo isomórfico. Ni eres tan grande ni tan pequeño. Ni tan bueno ni tan malo. Ni tan capaz ni tan inútil. Un reflejo que ayuda a reconocerse, que valida pero desde el realismo, la proporción, la congruencia. Un reflejo que frustra un poquito, pero que también apoya otro poquito, que nivela, que estabiliza, que crea autoestima. Y a la vez, la terapia del narcisismo debe trabajar desde la sionomía, forjar una mirada empática hacia el otro. Un otro hasta ahora objeto de deseo y utilizado como tal, pero que debe tender a ser percibido y tratado como sujeto. Se trata de dos trabajos terapéuticos en sentidos opuestos: el primero hacia el interior de uno mismo, y el segundo orientado hacia los otros. La intensidad en uno u otro sentido dependerá en gran medida del carácter egocentrado o alocentrado del trastorno.

## Referencias bibliográficas

- APA (2014). *Diagnostic and statistical manual of mental disorders fifth edition, DSM-V*. Arlington: VA.
- Bion, Wilfred R. (2003). *Aprendiendo de la experiencia*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Bleichmar, Hugo (2000). Aplicación del enfoque Modular-Transformacional al diagnóstico de los trastornos narcisistas. *Aperturas Psicoanalíticas. Revista Internacional de Psicoanálisis*, nº5.
- Dimaggio, G. y Semerari, A. (2001). El narcisismo en acción. Un modelo de psicopatología ilustrado por el análisis intensivo de un caso individual. *Revista de Psicoterapia*, 12(45), 65-91.
- García, E. M., i Magaz, A. (2000). *ADCA-1. Escala de evaluación de la assertividad*. Grupo Albor.
- Millon, T., Grossman, S., Millon, C., Meagher, S., Ramnath, R. (2006). *Trastornos de la Personalidad en la vida moderna*. Barcelona: Elsevier Masson.
- Raskin, R., Howard, T. (1988). A Principal-Components Analysis of the Narcissistic Personality Inventory and Further Evidence of Its Construct Validity. *Journal of Personality and Social Psychology*, 54(5), 890-902.
- Sartre, J.P. (1954). *Los caminos de la libertad. Tomo II. El Aplazamiento*. Buenos Aires: Losada.
- Villegas, M. (2011). *El error de Prometeo. Psico(pato)logía del desarrollo moral*. Barcelona: Herder.
- Villegas, M., Mallor, P. (2012). El narcisismo y sus modalidades. *Revista de Psicoterapia*, 23(89), 59-108.